

**Relaciòn
GIORGIO**

***EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO
“ los diversos aspectos de la unidad ”***



**Vicenza
2017**

El movimiento ecuménico *“ los diversos aspectos de la unidad ”*

El tema que me ha sido confiado me ofrece la oportunidad de reflexionar sobre una imagen a la que, a menudo, se recurre en la historia del arte: la *concordia apostolorum* (que quiere significar: “*con un solo corazón*”). Se trata de una imagen tan simple como profunda en su significado. Representa a los dos apóstoles Pedro y Pablo en actitud de abrazarse.

El nuevo Testamento nos presenta a los dos apóstoles como unos personajes muy diferentes entre ellos, sea por su carácter sea por su misión en la primitiva comunidad cristiana. Mientras que Pedro había conocido la persona de Jesús y había recibido el primado sobre los apóstoles, Pablo fue discípulo después de tener una “visión” del Señor. Pedro fue un “apóstol de primera hora” que conoció al Jesús histórico, Pablo experimentó al “Cristo de la fe”.

El seguimiento a Jesús no sólo fue distinto en el tiempo sino también en el modo.

Distinta era, también, su formación. Pedro era un pescador, lo que hoy llamaríamos “de clase social media” y muy probablemente no tendría una gran formación teológica, algo que sí tenía Pablo que pertenecía al Partido de los fariseos y, ya, desde joven se había implicado en el estudio de la Escrituras.

Distinto era, también, el apostolado en el seno de la Iglesia: mientras que Pedro había recibido de Jesús la autoridad de guiar la naciente comunidad cristiana, Pablo se distinguía por su celo misionero y por el deseo de llevar el anuncio de Cristo muerto y resucitado por todo el mundo.

Dos figuras completamente diferentes, y, sin embargo unidas por su único amor a Cristo, un amor que los llevará a derramar su sangre: Pedro morirá crucificado con la cabeza hacia abajo, Pablo, por su privilegio de ciudadano romano, será decapitado.

En resumen, la *concordia apostolorum* evoca a la catolicidad del acontecimiento cristiano, al convivir juntos realidades muy diversas se puede decir que la *concordia apostolorum* se manifiesta en la *conciliatio oppositorum*.

De este modo, con el abrazo, se manifiesta y se realiza “*la unidad de corazones*”.

Nosotros, los cristianos, lo sabemos o deberíamos saberlo: nuestra fe nos enseña el y ... y, no el o ... o. No somos exclusivos.

Dios es uno y trino. Es Padre, y es Hijo, y es Espíritu Santo. Jesús es Dios y es hombre, verdadero Dios y verdadero hombre. Para el cristiano, el hombre es carne y espíritu, cuerpo y alma. Al cristiano le gusta integrar, abrazar, no erigir barreras. Dios se ha hecho hombre encarnándose.

La misma Iglesia vive en el y ... y. Es Iglesia de oración y de acción, de grandes ascetas y de grandes obreros, de contemplación y de misión. *Ora et labora* (reza y trabaja), *no ora aut labora* (reza y no trabaja). La Iglesia tiene predicadores y confesores, monjes y monjas de clausura y sacerdotes diocesanos. La Iglesia acoge a todos: pobres y ricos, cultos e incultos, jóvenes y mayores.

Parece que, desde hace algún tiempo, a la lógica del y ... y se esté acercando en nuestra Iglesia una lógica complementaria: la del *non solum, sed etiam* es decir, la del “no sólo sino también”; una especie de hechos en evolución que podrían prefigurar una *conciliatio oppositorum*.

El Papa Francisco, hombre de inclusiones, el “*no sólo sino también*” lo ha explicado así.

En relación a esto, intentemos leer con atención la “*Amoris laetitia*” en la que la lógica del “sino también” se encuentra en algunos lugares dando vida a afirmaciones singulares. Tomemos, por ejemplo, el punto 308 donde se dice: “*Los Pastores que proponen a los fieles el ideal pleno del Evangelio y la doctrina de la Iglesia, deben ayudarles también a asumir la lógica de la compasión con los frágiles y a evitar persecuciones o juicios demasiado duros o impacientes*”.

Recordemos la respuesta que dió el Papa Francisco en la visita a la iglesia luterana de Roma, a la pregunta de si un católico y un luterano pueden participar en la comunión. A través de una larga respuesta improvisada, en esencia dijo: no, pero también si, es necesario estudiar cada caso porque “*es un problema al que cada uno debe responder*”.

En otra ocasión, el cardenal Schönborn en la sala de prensa vaticana, comentando la “*Amoris laetitia*” dijo que la prohibición de la comunión para los divorciados vueltos a casar no ha sido revocada aunque, mediante la vía caritatis mencionada por el Papa Francisco, “*sí se puede dar la ayuda de los sacramentos en ciertos casos*”.

Otra, cuando el Papa Francisco, al participar en un video sobre el diálogo inter-religioso (en el que aparece un musulmán, un budista, un hebreo y un sacerdote católico), dijo que las personas “*encuentran a Dios de modos diversos*” y “*en esta multitud sólo hay una certeza para nosotros: todos somos hijos de Dios*”.

Me detengo en los ejemplos y voy a lo conclusivo. Atención: los católicos somos plurales y no amamos la uniformidad. Al fin y al cabo, las comunidades cristianas nacen al calor de la inculturización de la fe y, por ello, son diversas. Eso es tan cierto que aún, hoy, tenemos ritos diferentes. La Iglesia se adentra en la inculturación en Occidente y en Oriente, en el Norte y en el Sur, en cualquier contexto. En cuanto que es católica, es oportuno repetirlo, se dirige a todos y a todos acoge: no selecciona a priori sobre la base del censo o del conocimiento. De lo contrario sería sectaria, no católica. Y, hasta aquí, nos hemos llenado de la lógica del y ... y.

Más la Iglesia, promoviendo y facilitando el camino hacia la unidad, la unidad de los cristianos que –aunque divididos están unidos por el amor a Cristo–, se ha inclinado hacia un terreno más pragmático a fin de superar “responsablemente” posiciones intransigentes y estrictas. Desde esta perspectiva encuentra su legitimación el “*no sólo sino también*”, no abdicando jamás de razones fundamentales y no negociando la propia identidad.

De hecho, las divisiones de los cristianos no es otra cosa que la división en el modo de entender la unidad de la iglesia.

Es más, hoy, los cristianos, todos los cristianos, no están divididos en los dos primeros artículos del Credo: todos creen y confiesan unánimemente al Dios trinitario de la revelación bíblica, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todos creen y confiesan a Jesucristo, Señor y Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre.

Estos dos artículos, comunes a todas las iglesias, son las piedras angulares del cristianismo en todas sus expresiones y califican la fe cristiana ante todas las demás. En cambio, los cristianos están divididos en el tercer artículo del Credo, precisamente sobre la Iglesia, en el modo de entender su naturaleza y su estructura, su misión y su testimonio, su mensaje y su forma de ser y vivir en el mundo. En cierto modo están divididos en la manera de entender la unidad.

Esas diversas concepciones de la *unidad* tienen colorante diferente, algunas sustanciales, otras que llevan al aumento del “*color*”, histórico-geográfico-ritual.

El Papa Francisco en su discurso a los representantes de las iglesias y de otras religiones, les ha dicho que el mejor servicio para trabajar por la unidad de los cristianos es “*vivir en plenitud la fe que hemos recibido como don en el día de nuestro bautismo*” y ser testigo del Padre misericordioso. Y, agregó: “*Seremos más fieles a su voluntad, en el pensamiento, en las palabras y obras y caminaremos realmente y sustancialmente hacia la unidad*”.

La búsqueda de la unidad entre todos los cristianos encuentra, entonces, su razón. Así lo indica el tema que hemos dado a nuestro Encuentro Interregional, con las mismas palabras de Jesús que, en el último discurso ruega “para que todos seamos una sola cosa”. Y, añade: “Como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, que ellos sean también Uno para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21). Que todos sean uno, es decir, “*Ut unum sint*”, ése es también el título de la Encíclica que en 1995, Juan Pablo II, dedicó al compromiso ecuménico.

El ecumenismo es un viaje largo, paciente, responsable, respetuoso. En la iglesia católica, debemos remontarnos al pontificado de Pio XII para encontrar las primeras aperturas. Sin embargo, fue Juan XXIII quien estableció el cambio de rumbo instituyendo la Secretaría para la unión de los cristianos en 1960. La entrada oficial de la Iglesia católica en el movimiento ecuménico se identifica con el Concilio “Ecuménico” Vaticano II en 1964 en donde se aprobó el Decreto Unitatis redintegratio (la restauración de la unidad). Este documento, hablando de los “hermanos separados”, reconoce un patrimonio común entre los católicos y otras comunidades cristianas, subrayando que “*los que creen en Cristo y son bautizados están en una cierta comunión con la Iglesia*”.

Parece casi inútil enfatizar la importancia que ha dado el Papa Francisco al ecumenismo. Sólo cabe pensar en el encuentro con el patriarca ortodoxo ruso Kirill o el afecto fraternal caracterizado también por una amistad personal; con Bartolomeo I, patriarca ecuménico de Constantinopla ampliamente citado en la encíclica “*Laudatio sí*”.

Por lo que respecta al mundo protestante, se considera histórico el viaje que hizo a Lund (Suecia) donde el 31 de octubre pasado, el Papa participó en la presentación de las conmemoraciones por el 500 aniversario de la Reforma de Lutero, es decir la trágica fractura entre los cristianos de Occidente.

El esfuerzo realizado por el Papa Francisco ayudará seguramente a esta *conciliatio oppositorum*. A nosotros nos compete ayudarlo con la oración no sólo en la Semana por la unidad de los cristianos sino con el mismo espíritu de Pedro y Pablo que, -superada cualquier diversidad- se reconcilian en un extraordinario abrazo fraterno.

Giorgio Locatelli

Responsable regional de las fraternidades del Norte de Italia